



www.pontdeferro.es

Las Tres Hogazas

Un relat de Joaquín Salleras

Una día de primavera, cuando los árboles daban sus primeras flores, Bin-Hamet y un amigo suyo subieron a la partida de La Llitera de Fraga para ayudarse en la labores del campo.

Antes que el Sol llegara su cénit, y después de limpiar rastros y regar sus escasos árboles, Bin-Hamet pidió al amigo que regresara a Fraga para comprar tres hogazas de pan. Pan que debía recoger del horno de la calle de Banco.

Así lo hizo el amigo. Al poco, regresó al campo de Bin-Hamet. Pero no lo encontró en el mas, y se sentó en la sombra de la caseta a esperarle. Como tardara mucho, tomó una hogaza y se la comió.

Al regresar Bin-Hamet, preguntó
¿Dónde está la hogaza tercera?



El amigo le mintió, y dijo que solo había traído dos, que no le pudieron mercar más. Hacia el mediodía, fueron ambos hacia una balsa, y encontraron una oveja muerta, junto al lado del camino a la balsa. Bin-Hamet imploró al altísimo, y la oveja se levantó y echó a correr hacia la balsa. Entonces preguntó al amigo:

- "Te ruego que me digas que pasó con el tercer pan" - y volvió a mentir el amigo. Siguieron caminando hasta llegar a un caserío semiderruido, y al levantar unas piedras junto a una puerta de entrada aparecieron tres enormes barras de oro macizo. Bin-Hamet dijo: "Las repartiremos: una para ti, otra para mí, y la tercera para el que se haya comido la tercera hogaza de pan".

Entonces, el amigo confesó que él se la había comido. Bin-Hamet le reprendió por mentir, pero le hizo dueño de dos barras de oro. Luego, Bin-Hamet se marchó dejándole solo con todo el oro.

Acertaron a pasar por la Llitera dos hombres fornidos, que venían de Alcarrás. El amigo, como no podía con el peso de las tres barras, les pidió a los transeúntes que le ayudaran a cogerlas y trasladarlas hasta Fraga; que les pagaría bien por el traslado del oro. Pero ellos, visto el gran tesoro que les mostró el joven, acordaron matarle y quedarse con el oro.

Antes de ponerse en marcha, acordaron que uno de ellos debía buscar algo con lo que alimentarse, mientras que ellos -el joven y el compañero de viaje- guardarían tan precioso metal. Los dos que estaban junto al oro tramaron en matar al que se había ido a localizar viandas. Y el que había ido a buscar comida pensó en emponzoñarles el vino, y les ofrecería la mortal bebida a los dos custodios del oro.

Y así lo hicieron.

Llegada la comida, mataron al que había ido a buscarla. Los otros dos se pusieron a comer..., y a beber. Pero ambos murieron envenenados.

Al día siguiente, volvió Bin-Hamet a pasar por la Llitera con caballería, y al ver los cuerpos de los tres desgraciados entendió perfectamente qué pudo haber ocurrido. Pensó que el Todopoderoso siempre castiga a los mentirosos y a los avariciosos. Tomando los lingotes sobre una tabla de arrastre, se los llevó a su casa.